

# El ministerio sacerdotal en el *Diálogo sobre el sacerdocio* de san Juan Crisóstomo

## *Priestly Ministry in the Dialogue on Priesthood of Saint John Chrisostom*

FERNANDO RIVAS REBAQUE

Universidad Pontificia Comillas

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-9940-4712> | [frivas@comillas.edu](mailto:frivas@comillas.edu)

Fecha de recepción: 5/7/2021

Fecha de aceptación: 15/7/2021

<https://doi.org/10.52039/seminarios.v66i228.466>

RESUMEN: El *Diálogo sobre el sacerdocio* de san Juan Crisóstomo es la obra que más ha influido en la comprensión del sacerdocio en la Antigüedad cristiana. En este artículo se estudian el contexto en el que está escrito, las funciones más relevantes que atribuye al sacerdote el predicador antioqueno, así como las virtudes de que debe estar dotado y las dificultades para su ejercicio.

PALABRAS CLAVE: Cristianismo primitivo, Juan Crisóstomo, patrística, ministerio ordenado.

ABSTRACT: The *Dialogue on the Priesthood* of Saint John Chrysostom is the work that has most influenced the understanding of the priesthood in Christian antiquity. This article will study the context in which it is written, the most relevant functions attributed to priesthood by the Antiochene preacher, as well as the virtues with which it must be endowed and the difficulties for its exercise.

KEYWORDS: Early Christianity, John Chrysostom, Patristics, Ordained Ministry.

El *Diálogo sobre el sacerdocio* de san Juan Crisóstomo forma, junto con *La fuga* de san Gregorio de Nacianzo y la *Regla pastoral* de san Gregorio Magno, la trilogía pastoral de la Antigüedad cristiana. No obstante, el hecho de que la obra del predicador antioqueno sea la que ha tenido más incidencia sobre el sacerdocio en la Antigüedad justifica que le dediquemos este estudio<sup>1</sup>.

1. J. Quasten, *Patrología, II. La edad de oro de la literatura patrística griega*, Madrid 1977, 471-538; M. Guerra Gómez, «Padres de la Iglesia», en Profesores de la Facultad de Teología de Burgos (dirs.), *Diccionario del sacerdocio*, Madrid 2005, 569-579. Incluso en el concilio Vaticano II encontramos una referencia a esta obra, *Presbyterorum Ordinis* 11.

## 1. DIÁLOGO SOBRE EL SACERDOCIO

El *Diálogo sobre el sacerdocio*<sup>2</sup> es la primera obra cristiana que versa sobre el sacerdocio como tal<sup>3</sup>. No es un tratado, sino un diálogo entre Juan Crisóstomo y un amigo suyo, Basilio, que acusa al antioqueno de haberlo engañado con motivo de la ordenación de ambos como obispos en el 373, a la que Juan se negó a última hora. La defensa del Crisóstomo no se centra solo sobre este acontecimiento concreto, sino que le sirve para hablar sobre la naturaleza del sacerdocio y su praxis<sup>4</sup>, destacando su dignidad.

En cuanto a la fecha de composición del *Diálogo* todos los investigadores coinciden en que sería anterior al 392<sup>5</sup>, pero hay una gran discrepancia sobre si la escribió durante su época monástica (372-378), su lectorado o diaconado (378-381), o tras su ordenación como presbítero (381-397)<sup>6</sup>. La fecha más probable es en torno al 390<sup>7</sup>, y el contexto es claramente antioqueno.

### a) Contexto eclesial

Hay tres elementos eclesiales que influyen en la visión que Juan Crisóstomo tenía del sacerdocio: el giro constantiniano, el cisma antioqueno y el nuevo perfil monástico.

#### *Giro constantiniano*

Tras la legalización del cristianismo en el edicto de Milán (313), empieza un período de claro apoyo de las autoridades imperiales a la Iglesia que propiciará su crecimiento e influencia en múltiples ámbitos<sup>8</sup>, convirtiendo

2. Juan Crisóstomo, *Diálogo sobre el sacerdocio*, Madrid 2002. Original griego en *Sur le sacerdoce. Dialogue et Homélie*, Paris 1980. Citado en adelante como *De sacer*.

3. La obra *La fuga* de Gregorio de Nacianzo, compuesta en el 363, tiene un gran parecido con la de Juan Crisóstomo, pero la cuestión del sacerdocio no tiene un papel tan central.

4. La división en seis libros es posterior y la temática sacerdotal aparece sobre todo en *De sacer*: II, 1-4 (el sacerdocio es uno de los mayores testimonios del amor a Cristo; dificultades y peligros de este ministerio); III, 4-6 (grandeza del sacerdocio); IV, 3-5 y V (importancia de la oratoria en la vida del sacerdote); VI, 2-3.6-9 (diferencia entre el sacerdocio y el monacato).

5. San Jerónimo cita el *Diálogo sobre el sacerdocio* en *De viris illustribus* 129, compuesto en el 392.

6. M. Simonetti, «Juan Crisóstomo», en: Cl. Leonardi – A. Riccardi – G. Zarrì (dirs.), *Diccionario de los santos II (J-Z)*, Madrid 1998, 1295-1297.

7. Juan Crisóstomo comenta en una homilía pronunciada en el 388 o 389 que hablará más adelante sobre la dignidad del sacerdocio, *In illud: Vidi Dominum*, en *Homilias sobre Ozías* V, 1, Paris 1981, 184.

8. «Dirigentes y gobernadores de un distrito no disfrutaban de tan gran honor como el que preside la Iglesia. Si entra en los palacios, ¿quién es el primero? Si va a las mansiones de

los cargos eclesiales a partir de este momento en algo apetecible, por las ventajas que suponían a todos los niveles<sup>9</sup>. Esta situación trajo consigo la devaluación de muchos de los candidatos a estos ministerios, elegidos de manera superficial e interesada, como refleja el propio Crisóstomo:

Antes, yo me mofaba de las autoridades paganas, porque distribuyen los honores no en función de la virtud de las almas, sino en función de las riquezas, la abundancia de los años y las infamias humanas. Cuando oí que este absurdo había irrumpido también entre nosotros, ya no se me hacía el asunto tan extraño. ¿Puede extrañar que cometan estas faltas hombres mundanos, deseosos de la gloria que otorga la muchedumbre y ávidos de riqueza en todas sus situaciones, cuando los que dicen haberse apartado de todo esto no se conducen mejor? [...] Toman, sin más, a hombres cualesquiera y los ponen al frente de aquello por lo que el Hijo Unigénito de Dios no rehusó vaciarse de su gloria, hacerse hombre, tomar la forma de siervo, ser escupido y azotado y morir ignominiosamente por medio de la carne. Y no solo se atreven a esto, sino que además añaden absurdos mayores. Pues además de elegir a hombres indignos, rechazan a los que son idóneos<sup>10</sup>.

### *Cisma antioqueno*

Durante el siglo IV, y parte del V, Antioquía sufrió una gravísima crisis interna debida a la división que se produjo en la Iglesia entre los defensores de la doctrina de Arrio, apoyados por el poder imperial, y los del concilio I de Nicea (325)<sup>11</sup>. El cisma comenzó en el 327 cuando el obispo Eustacio, de tendencia nicena, fue depuesto, desterrado y sustituido por obispos cercanos al arrianismo, mientras algunos partidarios de Eustacio formaron una pequeña comunidad cismática.

La división continuó incluso cuando en el 360 Melecio fue elegido para sustituir al arriano Eudoxio. A pesar de que Melecio fuera depuesto y desterrado al poco tiempo, en el 362 regresó a Antioquía. Pero la división prosiguió porque Lucífero de Cágliari, un obispo defensor de una interpretación radical nicena, ordenó a Paulino, líder de la corriente cismática partidaria de Eustacio.

las matronas o a las casas de los magnates, ningún otro es preferido a él. Todo se ha echado a perder y está corrompido», Juan Crisóstomo, *Homilias a los Hechos de los apóstoles* I, Madrid 2010, III, 4, 124.

9. H. Jedin (dir.), *Manual de Historia de la Iglesia, II. La Iglesia imperial después de Constantino hasta el siglo VII*, Barcelona 1980, 126-149.

10. *De sacer.* III, 11.

11. F. Cavallera, *Le schisme d'Antioche (IV<sup>e</sup>-V<sup>e</sup> siècle)*, Paris 1905, R. Devreesse, *Le Patriarcat d'Antioche depuis la paix de l'Église jusqu'à la conquête arabe*, Paris 1945, 1-47 y M. Simonetti, «Antioquía de Siria, III. Cisma de Antioquía», en: A. di Berardino (dir.), *Diccionario patrístico y de la Antigüedad cristiana, I (A-I)*, Salamanca 1991, 142.

A partir de aquí tenemos tres corrientes representadas por sus respectivos obispos: una minoría partidaria del arriano Eudoxio, otra también minoritaria defensora de Paulino y otra mayoritaria, proclive a Melecio. El cisma no se solucionó ni siquiera con el nuevo destierro de Melecio (365-378) porque, mientras la Iglesia oriental era partidaria de Melecio, la occidental, a la que se añadió Alejandría, optó por Paulino. Así continuaron las cosas hasta que, tras la muerte de Melecio en el 381, fue sustituido por Flaviano, que en principio no fue reconocido ni por Occidente ni por Alejandría hasta el 398. Aunque la solución final no vino hasta el 482, cuando fue elegido Calendión como obispo de Antioquía.

Este cisma interno trajo consigo una imagen muy negativa de la iglesia antioquena reflejada en numerosas ocasiones por Juan Crisóstomo en su *Diálogo sobre el sacerdocio*, como cuando escribe: «No voy a exponer ahora cómo algunos llenaron las iglesias de asesinatos y cómo desolaron ciudades, luchando por esta autoridad. A algunos les parecerá que digo cosas increíbles»<sup>12</sup>. La elección y nombramiento de cargos eclesiales será donde esta división se haga más visible, con la consiguiente devaluación de la imagen sacerdotal:

Unos son elegidos para el orden del clero para que no se pasen a los contrarios; otros son elegidos por su maldad y para que causen un gran daño después de haber sido despreciados. ¿Puede existir algo más inicuo? Hombres miserables y repletos de innumerables males reciben el honor precisamente por aquello por lo que había que castigarlos y no convendría que ni siquiera franqueasen el umbral de la Iglesia. Por esas razones, suben incluso hasta la dignidad sacerdotal<sup>13</sup>.

12. *De sacer.* III, 10. En esta misma línea habría que leer: «Los tiempos son difíciles; los intrigantes, muchos; el amor auténtico ha muerto; avanzamos en medio de trampas; caminamos sobre las almenas de las ciudades; los que están dispuestos a reírse de nuestros males... se han mostrado muchos y de muchas partes, nadie se compadece de nosotros» (ib. I, 4).

13. *De sacer.* III, 1. Ampliando incluso los motivos del nombramiento, leemos: «Todos los que tienen derecho para conferir el honor se dividen en muchos partidos, y no podrías ver que en la asamblea de los presbíteros estén de acuerdo los unos con los otros, ni tampoco con el que recibe el episcopado. Por el contrario, cada uno permanece en su postura: este prefiere a uno, y aquél, a otro. La razón: nadie mira a lo único que se debe mirar, la virtud del alma, sino que existen incluso otros motivos para conferir este honor. Por ejemplo, uno dice: 'Téngase en cuenta que es de una familia ilustre'; y otro dice que fulano debe ser elegido porque posee una gran fortuna y no necesitaría alimentarse de los ingresos de la Iglesia; y otro dice que mengano debe ser elegido porque desertó de los enemigos. Y otro se afana en elegir al que se comporta familiarmente con él; otro, al que es pariente; y otro, al más lisonjero de todos. Nadie quiere mirar al que es apto ni examinar su alma», ib. III, 11. También: «Todos son adversarios y enemigos para él y para los elegidos, y hacen todo por rivalidad hacia él. Organizan disensiones diariamente, se burlan sin parar de los que han sido elegidos, hasta que o los expulsan o introducen a los suyos» (ib.).

### *Monacato sirio (mesalianismo)*

El monacato, que ha tenido una gran influencia en la Iglesia siria, adoptará un nuevo perfil a partir de mediados del siglo IV, en lo que se conoce como corriente mesaliana («los que oran», en siríaco), por la gran importancia que daban a la oración, como presencia permanente del Espíritu en el alma y la seguridad de pertenecer a Cristo, así como las revelaciones privadas y críticas al clero y los estudios teológicos. De aquí su condena por parte de la jerarquía eclesiástica<sup>14</sup>.

Juan Crisóstomo conoce bien el monacato porque ha pasado seis años después de haber sido instituido lector (372-378) en una experiencia monástica, que ha consolidado buena parte de su carácter ascético. Pero al mismo tiempo es consciente de las diferencias entre el monje y el sacerdote. El primero vive retirado en la soledad y dedicado a prácticas ascéticas:

El monje necesita de salud corporal y de lugares adecuados a su forma de vida, para no estar demasiado alejado del trato con los hombres, tener la tranquilidad de la soledad e incluso no estar privado del clima óptimo. Nada es tan insostenible para el que se consume en ayunos como la irregularidad del tiempo. En cuanto a la provisión de vestidos y comida, no quiero hablar ahora de las dificultades que se ven obligados a padecer, al porfiar por hacerse ellos mismos todo con sus propias manos<sup>15</sup>.

Frente a esta soledad y aislamiento ascético del monje, el sacerdote está dedicado a tareas apostólicas en medio de la ciudad. Por eso «no tiene necesidad de nada de esto. Por el contrario, no es complicado y participa en todo lo que no ocasiona un perjuicio, teniendo toda su ciencia guardada en los tesoros de su alma»<sup>16</sup>. Debido a razones de eficacia pastoral y valoración espiritual, Juan Crisóstomo plantea la superioridad del sacerdocio:

Si alguno admira el permanecer en soledad consigo mismo y el evitar el trato con la muchedumbre, yo mismo diría que es una prueba de firmeza, pero no un testimonio apropiado de toda la fuerza que hay en el alma. El que está sentado en el timón dentro del puerto no da una prueba exacta de su ocio, pero nadie negará que es un óptimo piloto quien es capaz de salvar la nave en medio del mar y de la tempestad. No tendríamos que admirar ni demasiado ni con exceso al monje porque, permaneciendo en soledad consigo mismo, no se inquieta

14. H. Jedin, *Manual...*, 493-499 y 507-509; C. Stewart, «New Perspectives on Messalianism», en: E. Livingstone, *Studia Patristica* XIX, Leuven 1998, 243-249; J. Gribomont, «Mesalianos», en: A. di Berardino (dir.), *Diccionario patristico y de la Antigüedad cristiana II (J-Z)*, Salamanca 1992, 1432 y G. M. Colombás, *El monacato primitivo*, Madrid 2005<sup>2</sup>, 182-184.

15. *De sacer.* IV, 6.

16. *De sacer.* IV, 6.

ni comete muchos y grandes pecados. No tiene lo que altera y excita al alma. Pero si uno, que se ha entregado a muchedumbres enteras y ha sido obligado a llevar los pecados de muchos, permanece firme y constante, pilotando su alma en medio de la tempestad como si hubiese bonanza, es justo que ese sea aplaudido y admirado por todos. Mostró de manera suficiente la prueba de su propia fuerza<sup>17</sup>.

En resumen, el «aburguesamiento» del estamento clerical que había traído consigo el giro constantiniano, el desgaste terrible que había supuesto para la iglesia de Antioquía el cisma tan largo y la sobrevaloración del monacato sirio habían dado como resultado una devaluación de la imagen del clero. De aquí la necesidad de restablecer su dignidad<sup>18</sup>, tarea a la que está dedicada en gran medida el *Diálogo sobre el sacerdocio*<sup>19</sup>, tanto en lo relacionado con su naturaleza como su praxis, mostrando sus virtudes y dificultades.

## 2. NATURALEZA, FUNCIÓN, VIRTUDES Y DIFICULTADES DEL SACERDOCIO

Aunque Juan Crisóstomo conoce los tres grados ministeriales, utiliza la palabra «sacerdocio [ἡ ἱερωσύνη]» para hablar de presbíteros y obispos, porque esta es la condición que los unifica, salvando las diferencias entre ambos<sup>20</sup>. Un sacerdocio considerado desde un punto de vista más relacional que esencialista, preocupado menos por su naturaleza que por su función, por las virtudes necesarias para su ejercicio y las dificultades con las que se va a encontrar.

### a) *Naturaleza del sacerdocio*

El sacerdocio tiene para Juan Crisóstomo una naturaleza anfibia en el sentido etimológico de la palabra («entre varias vidas»), pues su existencia se

17. *De sacer.* IV, 6.

18. Para hablar de esta dignidad Juan Crisóstomo utiliza fundamentalmente derivados de la palabra «digno [ἄξιος]», también encontramos las relacionadas con «honor [τιμῆ]» o incluso «gloria [δόξα]», P.-G. Alves de Sousa, *El sacerdocio ministerial en los libros De sacerdotio de san Juan Crisóstomo*, Pamplona 1975, 55-57.

19. El *Diálogo sobre el sacerdocio* «es una obra de edificación... Este himno a la grandeza del sacerdocio cristiano es una llamada a la dignidad de su ejercicio», H. de Lubac, «Le Dialogue sur le Sacerdoce de Saint Jean Chrysostome», *Nouvelle Revue Théologique* 100 (1978) 822-831, p. 823 (traducción propia).

20. Juan Crisóstomo sigue en esto la tendencia de su tiempo a considerar que la diferencia era de corte más pastoral (capacidad de ordenar a otros) que de grado, Jerónimo, *Comentario a la Carta a Tito* I, 5 (PL 26,562-563); Ambrosiáster, *Comentario a la primera Carta a Timoteo* III, 7-8 (CSEL 81/3, 267), y el propio Crisóstomo, *In Epistolam primam ad Timotheum* III. Hom. XI, 1 (PG 62, 553).

desarrolla entre dos espacios (el cielo y la tierra) y naturalezas (ser humano y ángel), y está puesto por el Espíritu para el servicio a Dios y a los fieles, como intermediario, por participar de ambas condiciones:

[El sacerdocio] se ejerce en la tierra, pero tiene el rango de las realidades celestes..., pues ni un hombre, ni un ángel, ni un arcángel, ni ninguna otra potencia creada, sino el Paráclito mismo dispuso este orden [ἀκολουθίαν] y persuadió a los que aún permanecen en la carne a reproducir el ministerio [διακονίαν] de los ángeles<sup>21</sup>.

Por un lado, y siguiendo el texto de Jn 21,15-27<sup>22</sup>, es «testimonio del amor de Cristo por su Iglesia, pues quiso poner al frente de ella... a siervos fieles y sensatos que manifiesten su amor aventajado por Cristo en el pastoreo del pueblo por el que él había dado la vida»<sup>23</sup>. Pero también es la «manifestación del amor a Cristo, proclamado en el cuidado por los miembros de la Iglesia»<sup>24</sup>, pues «el pastorear produce un beneficio que pasa a todo el pueblo»<sup>25</sup>, lo que supone vivir para quienes le han sido confiados «con un amor semejante al de Cristo, que da la vida por los suyos»<sup>26</sup>, respondiendo y velando por ellos, adaptándose a sus necesidades, conociendo sus preocupaciones e inquietudes<sup>27</sup>.

El sacerdocio es un gran honor<sup>28</sup>, pero al mismo tiempo una gravísima responsabilidad, que puede llevar a la pérdida de la propia alma si descuida el rebaño que le es encomendado<sup>29</sup>. Los sacerdotes están al frente de la Iglesia, pero no como «señores de vuestra fe, sino como cooperadores de vuestra alegría»<sup>30</sup>. Honrado por Dios sobre cualquier otro mérito, es un honor a favor de la Iglesia, el cuerpo de Cristo<sup>31</sup>.

21. *De sacer*: III, 4. En *De sacer*: III, 4, escribirá: «Todos quieres juzgar al sacerdote como no estuviere revestido de carne y no tuviese una naturaleza humana, como si fuese un ángel y estuviere apartado de la debilidad del resto».

22. Especialmente Jn 21, 17: «Apacienta mis ovejas».

23. *De sacer*: II, 1.

24. *De sacer*: II, 1.

25. *De sacer*: II, 1.

26. *De sacer*: II, 1.

27. *De sacer*: II, 4; VI, 1.

28. «Establecido al frente de cuanto es de Dios» (*De sacer*: II, 2).

29. *De sacer*: II, 2.

30. 1Cor 1,24, citado en *De sacer*: II, 3.

31. «A quien se le confía [el cuerpo de Cristo] tiene que cuidarlo para su óptimo estado y extraordinaria belleza, mirando con atención en todas partes para que no exista ni mancha ni arruga ni ningún otro reproche semejante que estropee su belleza y hermosura» (*De sacer*: IV, 2).

De esta manera, Juan Crisóstomo entiende el sacerdocio como un espacio intermedio entre el monje y el laico. El primero ama la soledad tanto desde el punto de vista espacial, puesto que «habita en el desierto y se ha apartado de la ciudad, del ágora y sus alborotos»<sup>32</sup>, como desde el punto de vista material, por cuanto «está apartado de los asuntos mundanos y no tiene que ocuparse ni de hijos, ni de mujer, ni de nada semejante»<sup>33</sup>. El laico, por el contrario, «está atado por las preocupaciones de la vida... , haciéndolo más descuidado para las prácticas espirituales... [separado] del celo por las cosas divinas»<sup>34</sup>.

El sacerdote, por un lado, participa con el laico de su condición secular, pues cómo podría acompañar al pueblo si estuviera apartado en el desierto; pero al mismo tiempo «el alma del sacerdote tiene que brillar como una luz que ilumina al mundo... y ser sal de la tierra»<sup>35</sup>, despegado de los afanes mundanos, al igual que los monjes, para poder mostrar así el contraste evangélico<sup>36</sup>. De hecho, «el sacerdote no tiene necesidad de nada de esto [ascetismo monástico]. Por el contrario, no es complicado y participa en todo lo que no ocasiona un perjuicio, teniendo su ciencia guardada en los tesoros del alma»<sup>37</sup>. Por eso:

Quando se trata de elegir sacerdotes... se debe conocer si alguien, tratando y conviviendo con todos, es capaz de guardar íntegra e inquebrantablemente la pureza, la tranquilidad, la santidad, la constancia y los demás bienes que son propios de los monjes, sobre todo si han vivido en soledad<sup>38</sup>.

## b) *Funciones del sacerdocio*

Dentro del *Diálogo sobre el sacerdocio* Juan Crisóstomo descubre tres grandes funciones sacerdotales: la de gobierno, la litúrgica y la doctrinal, íntimamente conectadas y solidarias entre sí<sup>39</sup>.

32. *De sacer.* VI, 2.

33. *De sacer.* VI, 2.

34. *De sacer.* VI, 4.

35. *Ib.* En referencia a Mt 5, 13-14.

36. «[El sacerdote] debe conocer todas las realidades del mundo, no menos que los que se desenvuelven en la vida pública, pero tienen que apartarse de todas ellas más que los monjes que se adueñaron de las montañas» (*De sacer.* VI, 4).

37. *De sacer.* VI, 6.

38. *De sacer.* VI, 8.

39. L. Meyer, *Saint Jean Chrysostome maître de perfection chrétienne*, Paris 1933, 267-288, y S. Fotineas, «Counsels from Saint John Chrysostom concerning the Priesthood», *Phronema* 22 (2007) 53-65.

### *Función de gobierno*

El sacerdote es el pastor al que Cristo ha confiado su rebaño para apacentarlo<sup>40</sup>. Este encargo lo dota de una función de gobierno vicaria (las ovejas pertenecen a Jesucristo) que se expresa por un lado en la autoridad que tiene en la Iglesia, a la que preside y guía, pero por otro lado le exige una total responsabilidad hacia los fieles cristianos, pues debe ejercer esta soberanía como servicio de administrar, trabajar y cuidar del cuerpo de Cristo, responsabilidad de la que depende su premio y su castigo<sup>41</sup>.

Para Juan Crisóstomo la autoridad (ἐξουσία)<sup>42</sup> que el sacerdote recibe por parte del Espíritu no tiene características humanas, sino celestes, pues tiene la capacidad de administrar los misterios divinos, por los que engendra a la vida divina<sup>43</sup>, cura los males del alma, reúne en el cuerpo de la Iglesia a los miembros separados<sup>44</sup>, y lo que el sacerdote decide en la tierra, Dios confirma en el cielo<sup>45</sup>. Una autoridad que el antioqueno refleja con las comparaciones entre el sacerdote y el pastor, el *paterfamilias*<sup>46</sup> e incluso con el general del ejército<sup>47</sup>, y queda confirmada por la cita de Heb 13,17: «Obedeced a vuestros dirigentes y someteos a ellos, pues velan sobre vuestras almas»<sup>48</sup>.

Esta autoridad que el sacerdote tiene sobre la comunidad que le ha sido encomendada se expresa social y visiblemente en la presidencia (προστατία)<sup>49</sup> sobre la misma, que no es solo honorífica, sino efectiva, con las dificultades que esto conlleva en ocasiones:

El que preside la comunidad tiene que soportar reproches sin fundamento. Por ello es necesario que no tenga un miedo desmedido a las acusaciones sin fundamento, ni tiemble ante ellas. Tampoco es bueno que las desdeñe sin más, sino que ha de intentar sofocarlas rápidamente, aunque sean falsas, aunque vengan de un cualquiera<sup>50</sup>.

40. *De sacer.* II, 1; III, 7; IV, 4, basado en Jn 21, 15-17.

41. «El castigo por la pérdida de las ovejas, reservado a quien le han confiado hombres, el rebaño racional de Cristo, no se limita al pago de una cantidad de dinero sino a la pérdida de la propia alma» (*De sacer.* II, 2).

42. Estrechamente unido a la autoridad se encuentra el «poder» (ἀρχή) y términos relacionados con él como gobernante y «súbditos» (ἀρχόμενος), *De sacer.* I, 7; III, 7 y 9.

43. *De sacer.* III, 6: bautismo.

44. *De sacer.* II, 4.

45. *De sacer.* III, 5.

46. *De sacer.* III, 6.

47. *De sacer.* VI, 12-13.

48. *De sacer.* VI, 1.

49. *De sacer.* III, 13; IV, 5.

50. *De sacer.* V, 4.

Junto a esta autoridad y presidencia comunitaria, el sacerdote está llamado a ser conductor y guía (ἡγούμενος) de quienes el Señor ha puesto en sus manos<sup>51</sup> «como si fuese un óptimo auriga, ha de sujetar con energía ambas riendas [perdón y reprensión] para poder manejarlas según la necesidad». Además, «cuando para todos sea irrepreensible, entonces podrá, con toda la autoridad que quiera, reprender y perdonar a todos los que están bajo él. Antes no es fácil hacer esto»<sup>52</sup>.

Esta función de gobierno incluye, como contrapeso y complemento, el servicio (διακονία) que se desarrolla en el ámbito litúrgico, caritativo y comunitario, pues todo el sacerdocio es un servicio<sup>53</sup>, algunas de cuyas manifestaciones más evidentes son la preocupación (φροντίζω)<sup>54</sup> y sostenimiento (διοικέω) de la comunidad, especialmente los más necesitados<sup>55</sup>, a las que deben sumarse el trabajo (πόνος) en favor del pueblo que le ha sido encomendado, la asistencia y ayuda (ὠφέλεια)<sup>56</sup>, la atención especial (ἐπιμελεία)<sup>57</sup> y el cuidado (θεραπεία) en todos los niveles: corporal y espiritual, donde «será igualmente claro que [habrá] una recompensa grande e inefable para quien se afana por lo que Cristo estima tanto»<sup>58</sup>. Y ello, a pesar de la resistencia en ocasiones de los que deben ser curados<sup>59</sup>, pues la autoridad del sacerdote no se basa en la coerción, como las autoridades civiles, sino en la persuasión:

Los jueces civiles, cuando hacen caer el peso de la ley sobre los malhechores, muestran mucho poder e impiden por la fuerza que continúen con sus costumbres. En nuestro caso, hay que hacer mejor al sujeto, no con la violencia, sino con persuasión. En efecto, las leyes no nos han otorgado un poder tan grande para hacer desistir a los pecadores y, aunque lo hubieran conferido, no tendríamos dónde usar el poder, porque Dios corona a los que se apartan del mal no a la fuerza, sino libremente<sup>60</sup>.

51. *De sacer.* III, 17; IV, 9.

52. *De sacer.* V, 3.

53. *De sacer.* II, 4.7; III, 8; VI, 13...

54. *De sacer.* III, 7: Esta preocupación por los demás es tan característica del sacerdocio que ambas palabras llegan a ser sinónimas.

55. *De sacer.* VI, 8.

56. *De sacer.* III, 12.

57. *De sacer.* II, 2 («cuidado de las almas») y VI, 8.

58. *De sacer.* II, 1.

59. «Hace falta mucho ingenio para persuadir a los enfermos a someterse voluntariamente a los cuidados del sacerdote. No solo hay que convencerlos de esto sino también para que se den cuenta de la gracia de su curación. Si uno... se rebela, pues es señor de ello, obra un mal peor. Si desprecia las palabras que cortan como si fuesen un hacha, inflige otra herida por su desdén, y el pretexto de la curación se ha convertido en fundamento de una enfermedad más terrible. No hay quien pueda curar por la fuerza al que no quiere» (*De sacer.* II, 3).

60. *De sacer.* II, 3.

### *Función litúrgica*

Según Juan Crisóstomo el servicio sacerdotal<sup>61</sup> tiene como una de sus dimensiones fundamentales la liturgia (λειτουργία)<sup>62</sup> y el nuevo culto<sup>63</sup> que se establece con el cristianismo; un culto tan sagrado que obliga a una pureza excepcional por parte del sacerdote, ya que «tiene rango de las realidades celestes... y fue el Paráclito mismo quien dispuso este orden<sup>64</sup>, de modo que son los sacerdotes los que presiden los «misterios del cielo»<sup>65</sup>, sobre todo el bautismo, la eucaristía y la penitencia. Así la referencia al bautismo le sirve al antioqueno para establecer la superioridad del sacerdote como padre espiritual sobre los padres carnales:

Si nadie puede entrar en el reino de los cielos si no renace por medio del agua y del Espíritu..., si todo ello se realiza solo por aquellas santas manos, me refiero a las del sacerdote, ¿cómo podrá escapar al fuego de la gehena o alcanzar las coronas reservadas si alguien prescinde de ellas? Estos son a quienes se les han confiado los partos espirituales, a quienes se les ha encomendado el parto por medio del bautismo. Por medio de ellos nos revestimos de Cristo, somos sepultados con el Hijo de Dios, llegamos a ser miembros de aquella bienaventurada Cabeza, de manera que ellos pueden, ser para nosotros... más dignos de honor que los padres. Estos nos engendraron de sangre y de la voluntad de la carne, pero aquellos son responsables de nuestro nacimiento de Dios, de la bienaventurada regeneración, de la verdadera libertad y de la filiación según la gracia<sup>66</sup>.

Esta grandeza y dignidad del sacerdote se muestra de manera especial en la eucaristía donde Juan Crisóstomo resalta, como suele ser habitual en él, su dimensión espiritual y material al mismo tiempo, así como la función

61. *De sacer.* III, 4.

62. Esta palabra, que en sus inicios se refería a las contribuciones (ἐργετείβ) de los estamentos superiores en favor del pueblo (λαός), fue transformándose hasta centrarse en lo relacionado con el culto.

63. *De sacer.* VI, 11 designa a los sacerdotes del Antiguo Testamento como «los que ejercen la liturgia».

64. *De sacer.* III, 4.

65. *De sacer.* III, 5, III, 4.

66. *De sacer.* III, 6, donde también se dice: «El Señor otorgó a los sacerdotes una capacidad mayor que a los padres carnales, no solo para castigar sino también para hacer el bien. La diferencia entre ambos es grande como la diferencia entre la vida presente y la futura. Unos engendran para esta, y otros para aquella. Unos no podrían apartar la muerte corporal, ni alejar una enfermedad que viene. Otros salvaron, a menudo, el alma enferma y a punto de perderse, procurando a unos un castigo moderado, evitando desde el principio que otros caigan, no solo cuando enseñan y amonestan, sino también cuando socorren por medio de las oraciones. Tienen poder para perdonar los pecados, no solo cuando nos hacen renacer, sino también después [cita de Sant 5, 14-15]».

mediadora del sacerdote entre Dios y la humanidad, entre el cielo y la tierra, que le permite tener al Altísimo en sus propias manos:

Cuando ves al Señor inmolado y yacente, al sacerdote que preside el sacrificio y ora, y a todos los bañados en aquella preciosa sangre, ¿piensas que aún estás entre los hombres y sobre la tierra y, en cambio, no piensas que al punto has emigrado al cielo? ¿Desechando todo pensamiento carnal, no ves, con el alma desnuda y la mente pura, lo que hay en el cielo? ¡Qué maravilla! ¡Qué amor de Dios por el hombre! El que está sentado arriba con el Padre es asido en ese momento por las manos de todos y se da a los que quieren abrazarlo y recibirlo. Y en ese momento, todos lo hacen con los ojos. ¿Crees que estas cosas pueden ser despreciadas o que sean tales que uno pueda rebelarse contra ellas?<sup>67</sup>

De la misma manera, la grandeza del sacerdote queda destacada en la penitencia, contrapuesta a las funciones meramente purificadoras del sacerdocio levítico, que afectaban a lo corporal<sup>68</sup>, pero también a las autoridades civiles, e incluso a las potencias angélicas, pues:

A hombres que habitan la tierra y pasan el tiempo en ella, se les ha confiado administrar las realidades celestes, y han recibido el poder que Dios no otorgó ni a los ángeles ni a los arcángeles. Pues a estos no se les dijo: «Cuanto atéis en la tierra, también será atado en el cielo, y cuanto desatéis en la tierra, será desatado en el cielo» (Mt 18,18). Los jefes de la tierra tienen también poder para atar, pero solo a los cuerpos. Pero este otro lazo toca al alma y atraviesa los cielos; y lo que los sacerdotes obran aquí abajo, Dios lo ratifica allí arriba, y el Señor confirma la determinación de sus siervos. Y, ¿qué les dio sino todo el poder celeste? «A quienes perdonéis los pecados les serán perdonados, y a quienes se los retengáis les serán retenidos (Jn 20,23)»<sup>69</sup>.

### *Función doctrinal*

La tercera función sacerdotal, a la que Juan Crisóstomo dedica una buena parte de su atención, es la doctrinal, pues el sacerdote es el guardián de la doctrina y debe asegurar su correcta transmisión, instruyendo como maestro al pueblo y enseñando con autoridad a quienes se oponen a la correcta enseñanza.

67. *De sacer.* III, 4.

68. *De sacer.* III, 6.

69. *De sacer.* III, 5. También: «¿Qué poder habrá más grande que este? ‘El Padre ha dado al Hijo todo el juicio’ (Jn 5, 22). Pero veo que el Hijo se lo ha confiado a estos por entero. Como si ya hubiesen sido trasladados a los cielos, como si ya hubiesen flanqueado la naturaleza humana y como si ya hubiesen sido liberados de las pasiones humanas, así fueron conducidos a una autoridad más grande» (*De sacer.* III, 5).

La predicación será el medio fundamental utilizado, de ahí la importancia de su preparación y realización. Así lo expresa el antioqueno, al insertarla dentro de las terapias habituales en su tiempo:

Junto con el testimonio de las obras, se concede un único remedio y camino de curación: la enseñanza [διδασκαλία] por medio de la palabra. Esta es el instrumento, esta es el alimento, esta es el clima mejor... Y si es necesario cauterizar y cortar, hay que usar necesariamente de ella. Con ella levantamos al alma que está caída, calmamos a la que está irritada, cortamos lo superfluo, completamos lo que falta y hacemos todo lo que por nuestra parte contribuye a la salud del alma<sup>70</sup>.

Esta función se entiende como un servicio sacerdotal al pueblo creyente por medio de la palabra y, a fin de evitar que quede instrumentalizada por los deseos del sacerdote o por los gustos de los oyentes, debe comenzar por el servicio a la Palabra, para así poder servir verdaderamente a los fieles, que se hallaban condicionados en gran medida por la oratoria profana de su tiempo, de modo que, en lugar de escuchar al sacerdote como discípulos atentos a su provecho, lo hacían como meros espectadores en búsqueda de distracción<sup>71</sup>.

Pero será sobre todo en relación a las cualidades del predicador donde Juan Crisóstomo centra su atención, afirmando que deben ser «celosos y buenos..., trabajadores..., con mucha nobleza de alma»<sup>72</sup>, perseverantes<sup>73</sup>, capaces al mismo tiempo del «desdén por los elogios y la capacidad de hablar. Si falta uno, el otro es inútil, pues no se pueden separar»<sup>74</sup>. Ya que la «elocuencia no es fruto de la naturaleza, sino del aprendizaje. Por ello, aunque uno haya llegado al culmen de la elocuencia, esta lo deja indefenso si no retiene con empeño y ejercita con cuidado esta capacidad»<sup>75</sup>. Así, «el que preside necesita mucha inteligencia para apartar [a los fieles] de las cuestiones absurdas y evitar las acusaciones»<sup>76</sup>, pues el sacerdote debe tener claro el

70. *De sacer.* IV, 3.

71. *De sacer.* V, 1 y 8.

72. *De sacer.* V, 1.

73. «La necesidad que tiene el maestro de sembrar cada día... para que, con la tenacidad, el mensaje de la enseñanza pueda ser retenido por los oyentes» (*De sacer.* VI, 4).

74. *De sacer.* V, 2. Sigue de la siguiente manera: «Si se desprecia las alabanzas no ofrece una enseñanza dispuesta con gracia y sal, se hace despreciable para la muchedumbre y no saca provecho alguno de su grandeza de alma. Si lo hace bien, pero se deja dominar por la gloria de los aplausos, el daño sobreviene igualmente para él y para la gente cuando, por el deseo de alabanzas, se preocupa de hablar por agrandar a los oyentes más que por ayudarles» (ib.).

75. *De sacer.* V, 5.

76. *De sacer.* IV, 5.

objetivo de la predicación: la salvación de los fieles y la gloria de Dios, y no la búsqueda de aplausos o alabanzas<sup>77</sup>.

Esta función doctrinal es absolutamente necesaria debido a la existencia de otras enseñanzas contrarias al cristianismo, como las paganas, las judías o las heréticas<sup>78</sup>, contra las que el sacerdote debe luchar pertrechado de todas las artes oratorias, ya que «el diablo sabe apoderarse de las ovejas introduciendo a sus esbirros, aunque sea por un único resquicio, cuando está desprotegido, pero no actúa así cuando percibe que el pastor no está falto de conocimientos y es buen conocedor de sus insidias»<sup>79</sup>. Y en este combate no solo basta la ejemplaridad personal, ya que:

Cuando la lucha se entabla a propósito de las doctrinas, y todos combaten a partir de las mismas Escrituras, ¿qué fuerza podrá mostrar la vida en este caso? ¿Cuál es la utilidad de las muchas fatigas cuando, después de aquellos esfuerzos, cae en la herejía como consecuencia del gran desconocimiento y se separa del cuerpo de la Iglesia... Como tampoco se saca ninguno de una fe sana si la conducta está corrompida... Por causa del desconocimiento de uno el pueblo numeroso es conducido a la extrema ruina<sup>80</sup>.

### c) *Virtudes del sacerdote*

Al estar situado como mediador entre Dios y el pueblo, el sacerdote debe reunir todas las cualidades a la vez, pero Juan Crisóstomo resalta sobre todo algunas como la pureza de alma inmensa, superior incluso a la de los monjes<sup>81</sup>, lo que supone un perfecto control y dominio de sí, que expresa el vigor de su alma, ya que la virtud del sacerdote es sobre todo interior<sup>82</sup>.

Estrechamente vinculadas con esta pureza interior se encuentran las virtudes relacionadas con la inteligencia (σύνεσις)<sup>83</sup> y con la prudencia (φρό-

77. «El que ha aceptado el combate de la enseñanza, que no se fie de las felicitaciones de los de fuera ni abata su alma a causa de ellos, sino que, componiendo sus discursos para agradecer a Dios –en efecto, este ha de ser el único criterio y propósito de su excelente oficio, y no los aplausos o felicitaciones–, si es elogiado también por parte de los hombres, no rechace las alabanzas, pero si los oyentes no se las conceden, que no las busque ni sufra» (*De sacer.* V, 7).

78. Entre las doctrinas heréticas Juan Crisóstomo destaca las del gnóstico Valentín, Marción, Sabelio, Arrio y Pablo de Samosata, *De sacer.* IV, 4.

79. *De sacer.* IV, 4.

80. *De sacer.* IV, 9.

81. *De sacer.* VI, 2.

82. *De sacer.* VI, 6-7.

83. «A la manera de murallas, la sagacidad y la inteligencia el pastor protegen por todas partes» a la comunidad; el sacerdote «tiene que despreciar, sobre todo, la gloria, dominar la ira y estar repleto de inteligencia» (*De sacer.* VI, 7). También: *De sacer.* III, 12.

νησις)<sup>84</sup> pastorales, las cuales adquieren una gran importancia, pues «a la piedad el sacerdote ha de añadir una gran inteligencia»<sup>85</sup>; además, «el que preside necesita mucha inteligencia para apartar [a los cristianos] de estas acusaciones absurdas y evitar las acusaciones mencionadas»<sup>86</sup>. Por eso:

El pastor necesita mucha inteligencia y un sinnúmero de ojos para examinar por todas partes la situación del alma... Es necesario que el sacerdote no deje sin examinar nada de esto, sino que, después de investigar todo con exactitud, aplique adecuadamente sus criterios para que su diligencia no sea vana<sup>87</sup>.

No obstante, no basta solo con la inteligencia, pues «con preferencia a la inteligencia, [necesita] mucha gracia de Dios, rectitud de costumbres, pureza de vida y una virtud mayor que le corresponde a un hombre»<sup>88</sup>. Y es que lo que caracteriza al verdadero sacerdote es una caridad pastoral que no busca la propia gloria o interés, sino los de los demás<sup>89</sup>. Una caridad que se expresa en el trabajo y esfuerzo por la comunidad, la paciencia y perseverancia<sup>90</sup>, y la exclusión de todos los medios de violencia, que debe ser sustituida por la persuasión<sup>91</sup>. Por último, una caridad que culmina en el «amor tierno» (φιλόστοργος)<sup>92</sup> por los suyos, con los que está plenamente identificado, como expresa Juan Crisóstomo en palabras de Pablo, que le sirve como perfecto modelo de sacerdocio: «¿Quién está débil y yo no estoy débil? ¿Quién se escandaliza y yo no me abraso?» (2Cor 11,29). Así debe ser el sacerdote»<sup>93</sup>.

#### d) *Dificultades a las que se enfrenta el sacerdote*

La primera gran dificultad con que se encuentra el sacerdote nace de su propia condición humana y de la excelsa grandeza y dignidad de este minis-

84. «El sacerdote tiene que ser prudente y perspicaz, y poseer ojos innumerables, pues no vive solo para sí, sino también para muchísima gente» (*De sacer*: III, 10); «hace falta mucha prudencia para que la riqueza de la Iglesia no sea excesiva ni insuficiente», III, 12. También *De sacer*: I, 7.

85. *De sacer*: III, 11.

86. *De sacer*: IV, 5.

87. *De sacer*: II, 4.

88. *De sacer*: III, 8.

89. «El sacerdote es como el padre común del universo. Necesita, pues, preocuparse por todos como Dios, pues es el sacerdote», Juan Crisóstomo, *In Epis. I ad Tim. Hom.* VI, 1 (PG 62, 529).

90. *De sacer*: II, 4.

91. *De sacer*: II, 3.

92. *De sacer*: II, 6.

93. *De sacer*: III, 7. También: *De sacer*: III, 7; IV, 6 y P.-G. Alves de Sousa, *El sacerdocio ministerial...*, 211-222 (sobre la predicación de la palabra).

terio<sup>94</sup> cuyo «empeño y perfección es tanto mayor como el trato con Dios requiere»<sup>95</sup>. Pero hay una serie de vicios que Juan Crisóstomo relaciona directamente con el sacerdocio:

Los honores y las alabanzas, que son alimento de la vanagloria; la autoridad y el poder grandes, de la soberbia; los honores del prójimo, de la envidia; la distinción de los bienhechores, de la avaricia; el placer y el trato continuo con las mujeres, de la intemperancia; y así sucesivamente<sup>96</sup>.

### *Vanagloria*

La vanagloria es el más terrible y adverso de los escollos<sup>97</sup> con que se encuentra el sacerdote, no solo por los efectos directos que produce en él, como son «los honores que proceden de las mujeres y perjudican al vigor de la templanza... y los que proceden de los hombres que lo llevan a ser dominado por dos pasiones contrarias: el servilismo de la lisonja y la necesidad de la jactancia»<sup>98</sup>; sino también por los innumerables «monstruos» que nacen de esta vanagloria:

Ira<sup>99</sup>, desaliento, envidia, discordia, calumnias, acusaciones, mentira, hipocresía, maquinaciones, enojo contra quienes nada malo han hecho, placer al ver las torpezas de los colegas y aflicción por los éxitos, deseo de alabanzas, ansia de honor -esto, más que lo demás, precipita de cabeza al alma humana-, enseñanzas que buscan complacer, adulaciones groseras, lisonjas innobles, desprecio de los pobres, cuidado de los ricos, honores insensatos y favores perjudiciales, que hacen peligrar no solo a quienes los procuran sino a quienes los reciben, temor servil y propio solo de los más ruines esclavos, muerte de la libertad de palabra, mucha apariencia de humildad, pero nada de verdad, acusaciones que están fuera de lugar y reproches, sobre todo contra los más humildes, más allá de la medida; en cambio, contra los que están revestido de poder no se atreve a abrir la boca<sup>100</sup>.

94. *De sacer.* III, 8.

95. *De sacer.* VI, 4.

96. *De sacer.* VI, 12.

97. *De sacer.* III, 9

98. *De sacer.* VI, 3. Estas dos pasiones contrarias le obligan a «someterse a quienes lo halagan y se hinchan con los honores que le otorgan por las cosas más pequeñas y se ve empujado al abismo del orgullo», ib.

99. La ira, una de las pasiones a las que Juan Crisóstomo dedica una mayor atención, lleva al sacerdote a situaciones límites, lo incapacita para una acción severa, hace daño a quienes lo rodean y pone en riesgo su propia salvación, *De sacer.* III, 13-14.

100. *De sacer.* III, 9.

### *Ambición de honores*

Es una sed insaciable que no se acaba nunca, ya que los cargos conseguidos le sirven para desear otros más elevados<sup>101</sup>. Una enfermedad agravada porque quienes desean obtener esta dignidad, al obtenerla «la desempeñan mal por tibieza, por maldad o por falta de pericia»<sup>102</sup>. También porque esta ambición de honores suele mezclarse con las intenciones más generosas, por lo que habrá que «mirar por todos lados y escudriñar todo cuidadosamente, no sea que, sin darnos cuenta de ella, se oculte bajo la ceniza de alguna chispa de este deseo»<sup>103</sup>. De aquí la necesidad de que alma del sacerdote esté pura de este deseo malsano de alcanzar el sacerdocio, porque:

Si está apasionado por esta autoridad, cuando la alcanza, aviva el fuego con más fuerza; y, como este deseo lo tiraniza, padece innumerables desgracias por mantener aquella autoridad, aunque sea necesario engañar, soportar algo innoble e indigno o gastar gran cantidad de dinero [e incluso asesinatos]<sup>104</sup>.

### *Envidia*

En el caso del sacerdote la envidia (βασκανία) está agravada por la envidia de la gente que lo rodea<sup>105</sup>, hasta muchos que aparentan amistad<sup>106</sup>, e incluso sus mismos compañeros de ministerio<sup>107</sup>. Sus consecuencias son terribles, porque son un peligroso desorden en la persona del sacerdote y alteran gravemente las relaciones eclesiales, sobre todo si es por parte de un superior hacia un súbdito<sup>108</sup>, estando presente en muchos de los nombramientos, que «tienen una misma y única raíz... , una sola madre, la envidia»<sup>109</sup>.

### *Avaricia*

El reconocimiento del papel del sacerdote y sus tareas pastorales lo llevan habitualmente a entrar en contacto con personas de estamento superior que se sirven de él como intermediario para las obras caritativas (benefactores). Esta práctica lleva consigo en multitud de ocasiones el amor al

101. *De sacer.* III, 14.

102. *De sacer.* IV, 1.

103. *De sacer.* III, 11.

104. *De sacer.* III, 10.

105. *De sacer.* V, 6.

106. *De sacer.* III, 14.

107. *De sacer.* III, 11.

108. *De sacer.* V, 8.

109. *De sacer.* III, 15.

dinero y la avaricia que le limitan, junto con la ambición<sup>110</sup>, la libertad y la independencia, así como los compromisos que le impidan cumplir con su tarea evangelizadora.

### *Vida sensual*

Juan Crisóstomo vincula la vida sensual a la «intemperancia, la molición y el trato continuo con mujeres»<sup>111</sup>, pues «sus halagos ablandan» y «los honores... que vienen de las mujeres dañan el fervor de la templanza»<sup>112</sup>, e «incluso, por complacer a las mujeres, vienen a hacer cosas que no fuera decente ni nombrar»<sup>113</sup>.

### 3. CONCLUSIONES

La visión que Juan Crisóstomo tiene del ministerio sacerdotal en el *Diálogo sobre el sacerdocio* está marcada en gran medida por el contexto eclesial en que ha sido escrito, especialmente el cisma antioqueno, que había sumido a la iglesia de Antioquía en un marasmo institucional de gran calado. Su reflexión responde también a la competencia que estaba sufriendo por parte del monacato sirio, con su apuesta por la vía carismática mesaliana. El antioqueno escribe esta obra como respuesta al desprestigio tan agudo en el que estaba cayendo el ministerio sacerdotal, planteando una reforma del clero que volviera a dotarlo de su dignidad<sup>114</sup>.

Una dignidad que nace de su carácter anfibio, pues el sacerdocio está situado entre el cielo y la tierra, entre Dios y su pueblo, por encima de los ángeles, pero también de las autoridades civiles y del pueblo, como intermediario entre ambos. Al participar de una naturaleza laical o secular (vive en el mundo), pero con un espíritu monástico (de manera ascética), ejerce una influencia social predominante, al contrario que el monje, que vive en el desierto<sup>115</sup>.

Entre las diversas funciones sacerdotales, Juan Crisóstomo resalta la doctrinal, de manera especial en lo relacionado con la predicación, a la que

110. *De sacer.* III, 11.

111. *De sacer.* VI, 12.

112. *De sacer.* VI, 3.

113. *De sacer.* III, 9.

114. Esta dignidad se basará en valores relacionados con el honor, pero reformulado en clave más personal e interior, y no tanto su valoración social.

115. Ch. L. de Wet, «The Priestly Body: Power-Discourse and Identity in John Chyrostom's *De sacerdotio*», *Religion & Theology* 18 (2011) 351-379, especialmente el apartado «The Priest as Disciplinarian and Psychagoge», 360-36.

dedica una amplia atención por tratarse de una dimensión que conocía en profundidad y que valoraba por su eficacia pública (como papel disciplinario y de construcción de la personalidad)<sup>116</sup>, en contra de las propuestas monásticas de este período<sup>117</sup>. La función de gobierno es planteada, lo mismo que la naturaleza del sacerdocio, en clave dual: dotado de autoridad, como presidente y guía<sup>118</sup>, y al servicio de su pueblo, preocupado por su ayuda y sostenimiento. En la función litúrgica, Juan Crisóstomo describe al sacerdote como personaje sagrado por su carácter de intermediación con la divinidad y por la transformación tan profunda y radical que produce en los fieles.

En consonancia con las funciones expuestas, serán la pureza interior y la inteligencia pastoral las virtudes fundamentales para el sacerdote, al tiempo que la vanagloria, el deseo de cargos, la envidia, la avaricia y la vida sensual son consideradas como sus principales dificultades, sobre todo las dos primeras, estrechamente unidas, signo evidente de su papel social.

#### BIBLIOGRAFÍA CITADA

Alves de Sousa, P.-G., *El sacerdocio ministerial en los libros De sacerdotio de san Juan Crisóstomo*, Pamplona 1975.

Cavallera, F., *Le schisme d'Antioche (IV<sup>e</sup>-V<sup>e</sup> siècle)*, Paris 1905.

Colombás, G. M., *El monacato primitivo*, Madrid 2005<sup>2</sup>.

de Lubac, H., «Le Dialogue sur le Sacerdoce de Saint Jean Chrysostome», *Nouvelle Revue Théologique* 100 (1978) 822-831.

de Wet, Ch. L., «The Priestly Body: Power-Discourse and Identity in John Chyrostom's *De sacerdotio*», *Religion & Theology* 18 (2011) 351-379.

Devreesse, R., *Le Patriarcat d'Antioche depuis la paix de l'Église jusqu'à la conquête arabe*, Paris 1945.

Festugière, J., *Antioche paienne et chrétienne. Libanius, Chrysostome et les moines de Syrie*, Paris 1959.

116. Ch. L. de Wet, «The Priestly Body...», 355-358.

117. Sobre todo en una ciudad como Antioquía, tan acostumbrada a las disputas oratorias, A. J. Festugière, *Antioche paienne et chrétienne. Libanius, Chrysostome et les moines de Syrie*, Paris 1959 y R. Devreesse, *Le Patriarcat d'Antioche...*

118. Como muestran algunas imágenes mediante las cuales Juan Crisóstomo describe al sacerdote y su relación con el laico: pastor, *paterfamilias*, general del ejército, médico; cf. D. D. Ford, «The Interrelationship of Clergy and Laity within the Church according to St. John Chrysostom», *St. Vladimir's Theological Quarterly* 36 (1992) 329-353, especialmente las páginas 330s.

- Ford, D. D., «The Interrelationship of Clergy and Laity within the Church according to St. John Chrysostom», *St. Vladimir's Theological Quarterly* 36 (1992) 329-353.
- Fotineas, S., «Counsels from Saint John Chrysostom concerning the Priesthood», *Phronema* 22 (2007) 53-65.
- Gribomont, J., «Mesalianos», en: A. di Berardino (dir.), *Diccionario patristico y de la Antigüedad cristiana II (J-Z)*, Salamanca 1992, 1432.
- Guerra Gómez, M., «Padres de la Iglesia», en Profesores de la Facultad de Teología de Burgos (dirs.), *Diccionario del sacerdocio*, Madrid 2005, 569-579.
- Jedin, H. (dir.), *Manual de Historia de la Iglesia, II. La Iglesia imperial después de Constantino hasta el siglo VII*, Barcelona 1980.
- Meyer, L., *Saint Jean Chrysostome maître de perfection chrétienne*, Paris 1933.
- Quasten, J., *Patrología, II. La edad de oro de la literatura patristica griega*, Madrid 1977.
- Simonetti, M., «Antioquía de Siria, III. Cisma de Antioquía», en: A. di Berardino (dir.), *Diccionario patristico y de la Antigüedad cristiana, I (A-I)*, Salamanca 1991, 142.
- «Juan Crisóstomo», en: Cl. Leonardi - A. Riccardi - G. Zarri (dirs.), *Diccionario de los santos II (J-Z)*, Madrid 1998, 1295-1297.
- Stewart, C., «New Perspectives on Messalianism», en: E. Livingstone, *Studia Patristica XIX*, Leuven 1998, 243-249.